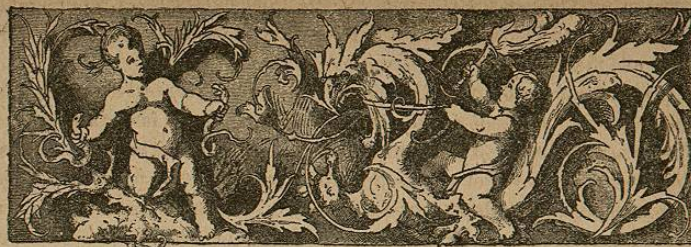


de sus más bellas odas, *El lago de Zurich*. Por la descripción que uno de los paseantes, Hirzel, ha trazado de esta excursión en una carta á Kleist, anda cual soplo primaveral el ánimo excitado, el sentimentalismo delicado y la inocente jovialidad de la juventud alemana entusiasmada por Klopstock á quien querían porque les hacía sentir de nuevo toda la sonoridad de la palabra «patria». Ciertamente en el alemanismo de Klopstock había mucho, demasiado teutonismo nebuloso, el cual redujo después á los discípulos del maestro á entonar un hueco rugido de bardos, pero no dejaba de ser loable, hasta grande el reproducir el tono patriótico largo tiempo enmudecido que habían entonado en el siglo xvi Hutten y Fischart, y en el xvii Logau y Moscherosch; y el decir y repetir á los alemanes, perdidos en localismo y privados de todo sentimiento nacional, que formaban un pueblo, una nación y que tenían una patria. Si nos representamos el espectáculo triste, desconsolador que á mediados del siglo xviii ofrecía la Alemania dilacerada, disgregada, sin libertad y sin su poderío, comprenderemos que el amor más entrañable á su pueblo y la confianza más firme en su indestructibilidad debieron de animar al poeta para que dijera á aquella Alemania:

«Tu tienes la cabeza coronada
Con mil años de gloria; tu llevas el paso de los inmortales
Y marchas encumbrada delante de muchos países.
¡Yo te amo, patria mía!»



III.

Despreocupación y genialidad «forzada».

Si el movimiento patriótico promovido por Klopstock y propagado por su escuela poética se presenta en vista de su actitud decididamente religiosa y protestante como un efecto consecutivo, tardío, pero importante de la reforma del siglo xvi, el movimiento que le siguió, en cambio, señala la incipiente ruptura con la tradición eclesiástica, tanto la protestante como la católica. Aquel movimiento que puede decirse tenía su origen en el alma misma del pueblo alemán, puede calificarse de primer grado de rejuvenecimiento de la vida civilizadora de Alemania; esta agitación, es decir, el trabajo despreocupativo que no se suscitó en Alemania, sino que se introdujo de Inglaterra y Francia, ha sido el segundo grado y el hecho de poder serlo fué debido en gran parte al modo de gobernar de Federico el Grande y más tarde de José II. Pues el ejemplo de estos dos sacudió á la mayoría de los gobiernos alemanes de su pereza y su rutina (hasta á los de algunos principados eclesiásticos, los domicilios favoritos del oscurantismo) los sacudió de manera que en todas partes se tomaron disposiciones más ó ménos aptas para entrar en las vías recién abiertas de la cultura y del humanitarismo. Esta buena voluntad de los más de los gobiernos alemanes fué acogida por todas las personas sensatas y accesibles de la nación con aquel noble entusiasmo que ha sido el más bello característico del siglo xvii.

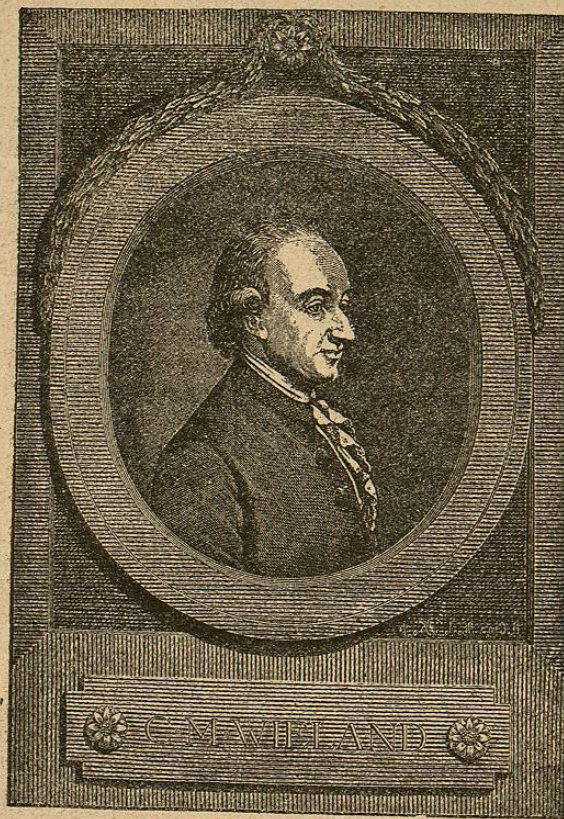
Un inglés, Locke, un escocés, Hume, y un francés, Bayle, habían puesto en movimiento científicamente la gran palanca del conocimiento progresivo. La campaña que el celo investigador escéptico de esos tres había abierto contra la llamada fé revelada, fué continuada por los «deistas» ingleses cuya «filosofía del sentido común» fué trasplantada por Voltaire á Francia, de donde pasó á todos los países civilizados de Europa para encontrar su mayor profundización y más sólido afianzamiento por los «despreocupadores» alemanes, mientras que en Francia misma se preparaba su instrumento y arma más efí-

caz en la *Enciclopedia* fundada por Diderot y Dalember, aquel primer y celeberrimo diccionario de la conversacion que ha ejercido una influencia incalculable en toda la sociedad europea.

¿Pero que es lo que se llamaba «despreocupación»? ¿Qué entendían nuestros abuelos por esta palabra? El gran Manuel Kant ha tenido la condescendencia de decirnoslo de la siguiente manera: «Despreocupación es la salida del hombre de su minoría de edad en que se hallaba por su propia culpa. Esta minoría es la incapacidad de servirse de su entendimiento sin guía y existe por propia culpa del hombre, si no depende de falta de entendimiento sinó de resolución y de valor de servirse de él sin la dirección de otro. ¡Atrévete á ser sabio! ¡Ten el valor de valerte de tu propio entendimiento! Hé aquí la divisa de la despreocupación.» La palabra misma se había escogido con mucho acierto, pues la actividad libre y espontánea del entendimiento debía alumbrar las tinieblas ortodoxas, la luz de la investigación debía aclarar la noche de la preocupación cuyos dogmas religiosos políticos y sociales no podían ya satisfacer las necesidades de una época nueva. Mas como la índole del pueblo alemán exige que las cosas tomen un curso metódico y sistemático hasta lo pedantesco, el movimiento de despreocupación se verificó en Alemania más radical y sistemáticamente que en Inglaterra y Francia. Como en aquellos países, asimismo en Alemania los objetos prácticos eran la religión libre y el estado libre; pero los metódicos alemanes sentían la necesidad de un eslabón intermedio entre aquella y éste, y por este motivo reclamaban con energía la libertad del hombre en el terreno de los pensamientos, de la ciencia, del arte; en otros términos, creían que el libertamiento de la personalidad era la condición preliminar imprescindible del libertamiento de la sociedad. Naturalmente no faltaba la sombra á la luz de la despreocupación, es decir, que á los despreocupadores alemanes se les pueden señalar bastantes errores y equivocaciones; pero sólo un espíritu completamente inaccesible á la verdad histórica puede negar que esos hombres han cumplido honradamente su pesado trabajo consiguiendo los resultados más beneficiosos.

En la literatura nacional, en el sentido más lato, ejecutó ese trabajo en primer término Cristóbal Martin Wieland, (de 1733 á 1813) natural de Oberholzheim cerca de Biberach. Andando al principio por la senda de Klopstock y exagerando aún el sentimentalismo religioso de éste llegó á comprender á tiempo la verdadera naturaleza de su índole y de su talento, haciéndose entonces el polo literario opuesto y al mismo tiempo el complemento saludable y necesario del cantor del Mesías. Pues como este había conquistado en favor del movimiento de la literatura nacional á los círculos serios, religiosos, sentimentales, hacía falta un escritor que pudiera conquistar á su vez á los caballeros y damas «de mundo», á los educados á la francesa, á los hombres de chispa, á los frívolos. Esto lo podía y lo realizó Wieland. Realmente hay que confesar que ese tono ligero y agradable de hombre de mundo y esa pulidéz mediante la cual la literatura francesa había conquistado y sometido á la «sociedad» europea, había hecho mucha falta á la literatura alemana anterior á Wieland, quien ahora introdujo ese pulimento y tono demostrando á la gente

de mundo, mediante una larga serie consecutiva de cuentos en verso y novelas en prosa que un poeta alemán podía escribir en lengua alemana con tanta despreocupación y tolerancia, tanto chiste y gracejo, tanta frivolidad y



WIELAND.

si era preciso, tanta liviandad, como un poeta parisiense en lengua francesa. Y esto era precisamente lo que importaba; Wieland ha hecho muchísimo, hasta todo por de pronto, para despertar y vigorizar el interés de los círculos distinguidos por la literatura patria, y el que conozca las condiciones sociales del florecimiento de una literatura ciertamente no estimará en poco ese merecimiento. Como poeta papá Wieland, estrictamente hablando, hasta en sus mejores producciones (*Musarion*, *Oberón*, *Los Abderitas*) no fué más que un

agradable narrador; pero precisamente como tal, en virtud de su rico saber, su inagotable bondad de corazón y la infalible gracia de su plática ha puesto en circulación una abundancia de ideas propagando los pensamientos que conmovían su época hasta en los círculos que se habían cerrado para cualquiera otro.

Pero un efecto mucho más grande y fructífero que en las llamadas clases superiores había producido la despreocupación en la clase media alemana, haciéndola por la educación progresiva en adelante el representante principal de la opinión pública creada y hecha respetable por ella. En esto le ayudó grandemente aquella sensatez algo casera, aquella medianía menestrala, que ciertamente no bastaban más tarde para apreciar con justicia los fines más elevados de la genialidad forzada del humanismo cosmopolita y del helenismo moderno. En esta forma con todos sus claros y todas sus sombras mostrábase la despreocupación en la figura típica del escritor y librero berlinés Nikolai á quien Lessing se dignaba llamar amigo mientras que Göthe le era hostil. Del círculo que se había formado al rededor de esa figura característica de despreocupador partió directa ó indirectamente el vuelo del periodismo alemán, el cual en las *Cartas literarias*, la *Biblioteca alemana universal*, los *Artículos doctos de Gotinga* y los de *Francfort*, el *Mercurio alemán* el *Periódico literario de Viena* y otras publicaciones periódicas por el estilo se creó mensajeros más ó menos aceptos é influyentes que procuraban llevar á círculos cada vez más dilatados, las noticias de las investigaciones é invenciones en el campo de la ciencia y arte alemanas. Si por consiguiente la cultura alemana cesó por fortuna de ser un asunto de exclusivismo erudito, si empezó á entrar cada vez más en relaciones con la vida práctica, ha sido de suma importancia en vista de las ideas todavía muy teológicas de la clase media alemana, el que la corriente despreocupadora fuera conducida en medio del pantano teológico mismo. Con el tiempo el pietismo se había encharcado de la misma manera que la ortodoxia contra la cual se había sublevado antes. La lucha alternadamente trágica y grotesca de hombres como Dippel y Edelmann por romper las ataduras del sectarismo facilitó la transición del misticismo al criticismo. Eruditos como Michaelis, Semler y Reimarus (*Fragmentos Wolfenbüttelianos*) trataban con más ó menos osadía de introducir el principio del libre exámen también en la erudición teológica y en conexión directa ó indirecta con ellos, los filósofos populares Abbt, Spalding, Eberhard, Sturz, Iselin, Hirzel, Garve, Mendelson y Zimmermann, acometieron con valentía la intolerancia y ambición de los curas, los abusos ortodoxos y pietistas de la religión, la superstición eclesiástica y política. Los esfuerzos mancomunados de estos autores provocaron la tolerancia en numerosas almas y contribuyeron en las cosas de la fe á la victoria del modo liberal de pensar al que se dió con fundamento el nombre honorífico de «racionalismo», porque estaba basado en la *ratio*, en la razón. No ménos importante era el trabajo hercúleo de otra serie de despreocupadores los cuales como Moser, padre é hijo, Pütter, Möser (llamado con razón «abogado de la patria») y Schlözer (el incansable delator y acusador de la estupidez, injusticia y pre-



PESTALOZZI ENTRE LOS HUÉRFANOS DE NIDVALDEN.

potencia), se dedicaron á ilustrar las ideas políticas de sus compatriotas, á criticar los excesos del despotismo y á despertar de nuevo entre los alemanes el adormecido conocimiento de los derechos y deberes políticos. Esta tendencia junto con las reformas josefinas era bastante poderosa para provocar también una tentativa de oposición nacional en el seno de la Iglesia católica, surgiendo en un prelado alemán de sentimientos patrióticos el pensamiento de emancipar á los católicos alemanes de la Sede romana dirigida por los jesuitas, intentando la organización de una iglesia nacional alemana. El obispo sufragáneo de Tréveris, Nicolás de Hontheim, escribió con este fin bajo el nombre de Febronio su famoso libro: *Sobre el estado de la Iglesia y la legitimidad del poder papal*. A consecuencia de esto los cuatro arzobispos del imperio se reunieron en Ems en el año de 1786 para promover con la llamada *Puntación de Ems* la fundación de una iglesia nacional católica alemana. Pero



PESTALOZZI.

la atrevida empresa se estrelló en la resistencia de los obispos y en la dominación de los jesuitas en Baviera.

De la universidad de Gottinga fundada en 1736 partió una reforma fructífera de las ciencias filológicas, históricas y exactas. Allí enseñaban la literatura clásica Heyne, el precursor de Federico Augusto Wolf, el «fecundador de la arqueología, las matemáticas, el chistoso epigramatista Kästner la física, el perspicaz humorista Lichtenberg. Schröckh y Planck, dieron nuevos cimientos á la historia eclesiástica, Spittler y Heeren á la historia política basándolas en una crítica despreocupada. El mismo servicio fué prestado á la historia de la civilización por Eichhorn, mientras que Winckelmann fundador genial de nuestra historia del arte, abrió con su manera de concebir y considerar el arte griego unas perspectivas estéticas que, como todo el mundo sabe, han sido provechosas para el clasicismo de la literatura alemana. Finalmente el trabajo de despreocupación se ocupó también en el terreno de la

educación y de la enseñanza del que había de barrer muchísimo escombros escolástico y muchísima rutina teológica para obtener espacio libre para las ideas y los principios del realismo humanista. Es verdad que, precisamente en este campo, se manifestaron desde el principio muchas ilusiones y exaltaciones y sobre todo no quedaron libres de exageración y charlatanismo las llamadas *Filantropinas* con las genialidades forzudas pedagógicas de Basedow. En cambio la innovación pedagógica introducida por el generoso y entusiasta Pestalozzi (1746-1827) de Zurich, ha hecho prueba en sus principios generales, siendo ahora admitido que este hombre con su método matemático analítico de la enseñanza por intuición ha promovido una época nueva en la instrucción popular. Sólo la reforma educadora de Pestalozzi hizo posible iniciar poco á poco á la totalidad del pueblo en el círculo de una instrucción digna del hombre. Desinteresado, sin ninguna clase de egoísmo y por lo tanto naturalmente desgraciado en sus relaciones personales, este gran maestro de escuela ha prestado un servicio inmenso á su país y á la humanidad entera, mostrando además por medio de su cuento rústico, aun hoy insuperable, de *Linardo y Gertrudis*, cómo conviene escribir para el pueblo. Para ojos que aciertan á ver lo grande en lo pequeño y lo verdaderamente brillante en lo que no lo parece, uno de los sucesos más edificantes del siglo de las luces fué y será siempre aquel cuando Pestalozzi después de los terribles días de setiembre de 1798 llegó al pueblo de Nidwalden terriblemente asolado y pillado por los asesinos franceses, para reunir á su derredor, cuidar con una compasión humanitaria é instruir á una multitud de huérfanos medio muertos de hambre y medio embrutecidos porque los «libertadores» habían degollado á sus padres.

De todo lo precedente se ve que se trabajaba en la despreocupación con asiduidad y de muchas maneras; mas para imprimir á ese trabajo el sello de la perfección hacían falta dos hombres de genio superior, como eran Gotoldo Efrain Lessing (1729-1781) natural de Camenz y Manuel Kant (1724-1804) natural de Königsberg. El primero llevó á buen término el movimiento despreocupador por el lado de la literatura nacional, el otro por el lado científico. No sin fundamento háse comparado la posición de Lessing en la historia de la civilización alemana, con la de Voltaire en la francesa, puesto que aquel alemán como este francés concentraron en sí todo el movimiento intelectual de la época, sólo que Lessing se distinguió fuerte y honrosamente del gran escarneckedor por el hecho de buscar la verdad con un celo santo y serio y solamente por amor á ella. El espíritu crítico de la raza germánica revelose en el hijo de cura de la Lusacia alta, por primera vez en toda su fuerza y energía. Lessing elevó la crítica al rango de arte, de arte que creaba destruyendo; en su *Laocoon* (1766) dió á la filosofía de arte alemana su *Magna Charta*. En este célebre escrito analizaba el arte plástico y el poético en lo íntimo de su naturaleza, declarando esencia del último el movimiento y la acción, acabando así por fin con la estimación de la poetería puramente descriptiva, pintoresca y reflexiva. La gran campaña crítica contra la galomanía que había empezado con sus *Cartas literarias*, la terminó victoriosamente en su *Dramaturgia*

hamburguesa. Pues con decisión convincente hizo comprender la innaturalidad en que se habían extraviado los franceses abstrayendo de la poesía griega y romana un esquema sin llenarlo con la esencia de su propia nacionalidad y época. También él admitía la grandeza de los antiguos como así mismo se-



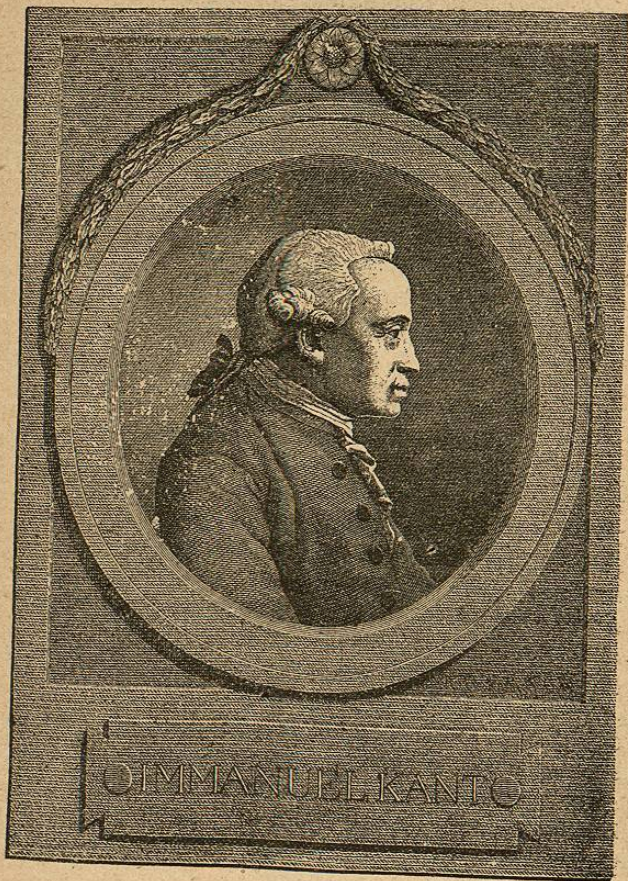
LESSING.

ñalaba á Shakespeare enseñando lo que sus paisanos podían y debían aprender de aquéllos y de éste; pero que lo verdadero no era imitar servilmente lo aprendido sinó armonizar la experiencia alcanzada con las eternas leyes de la naturaleza y la índole especial de los sentimientos nacionales consiguiéndose con esto la espontaneidad del arte patrio y de sus formas de manifesta-

ción, y asegurándose así el que esas formas se llenaran de espíritu nacional. He dicho en otra parte y repito aquí que un alemán ilustrado no puede hablar de Lessing sin que su corazón palpita de contento. Él fué quien oponiendo á la soberbia francesa la altivez alemana, pronunció la orgullosa palabra: «Enséñeme la pieza del gran Corneille que yo no sepa hacer mejor»: y demostró de hecho que tenía derecho para hablar así. Ya en 1755 opuso á las ampulosas declamaciones del drama francés y afrancesado la realidad de la vida burguesa en su *Sarah Sampson*; dió en 1763 una comedia clásica *Minna de Barnhelm*, y creó en 1772 la primera tragedia alemana que mereciera este nombre, la *Emilia Galotti*. Y este libertador intelectual de su pueblo, este erudito, investigador, crítico, poeta, ¡qué hombre y que varón! Jamás un pensamiento vulgar ha penetrado en ese corazón noble y solitario y sólo una vez el valiente luchador profirió un grito de dolor medio ahogado cuando la muerte arrebató prematuramente á la mujer que le amaba. El torrente fresco, claro, enérgico de los pensamientos de este hombre venerable penetró purificando hasta los más oscuros rincones del establo de Augias de la pedantería alemana. Siempre en su puesto, siempre pronto á contestar, ha aumentado el efecto de su palabra, sea laudatoria, sea vituperativa por su generosa moderación dirigiendo los ojos inseparablemente hácia la luz de la razón, avanzaba aplastando bajo sus talones la canalla del oscurantismo, pisoteando por todos los lados las malezas de las costumbres bárbaras y de la mentira convencional, siempre estimulando, enseñando el camino y presentando el modelo. Él ha sido el primer hombre verdaderamente libre, pensador y artista de Alemania; de su patriotismo no hablaba nunca, pero lo manifestaba á cada paso. Alemania no agotaba la plenitud de su cariño. Aquellos sentimientos cosmopolitas que «consideran la causa de la humanidad como propia participando así en la incumbencia de los dioses, el destino» henchían su alma inspirándole para magnífico final de su carrera el poema del sabio *Nathan*, ese cántico del cosmopolitismo y humanitarismo alemán el cual, sea dicho de paso, constituye época también por introducir y aclimatar en la poesía dramática alemana el verso pentamétrico y yámbico. En resumen, Lessing ha trazado el blanco del clasicismo alemán, el de llenar las bellas y proporcionadas formas helénicas con el alma y espíritu alemanes, con entrañabilidad germánica. Este «helenismo moderno» que encontró su acabamiento en Göthe y Schiller, tenía como todo lo humano, sus defectos y menoscabos; pero á pesar de esto el helenismo moderno fué el que hizo de los alemanes hombres libres y como tales, capaces de ser ciudadanos libres....

Al mismo tiempo que el ilustre bibliotecario de Wolfenbüttel llenaba su misión de gran porvenir, allá en Königsberg un hombre de poca apariencia llevaba una vida tranquila y de observador con una regularidad fijada con pedantería. Nadie veía por el aspecto pulcrísimo del catedrático que se expresaba siempre con suma prudencia, que en el fondo era el más grande revolucionario del siglo de la revolución, el que hizo partir de su tranquilo gabinete de estudio, silenciosas obras de reflexión, *Crítica de la razón pura* (1781), *Crítica de la razón práctica* (1785), *Crítica del juicio* (1785); las que como «Sistema

del idealismo crítico» ha asaltado titánicamente el olimpo cristiano, invirtiendo radicalmente la filosofía que había prevalecido hasta entonces declarando que nuestro mundo era su propio fin y que la idea de Dios no tenía otro valor que



MANUEL KANT.

el de suple faltas para resolver las contradicciones, es decir, que Dios era una exigencia de la razón práctica, un algo, cuya existencia era imposible demostrar teóricamente. Elevando la resolución de los problemas más altos de la despreocupación á la esfera científica más rigurosa, Kant comprendió

que había de comenzar de nuevo el proceso cogitativo, es decir, que debía remontarse á las fuentes mismas de nuestro entendimiento para conseguir con su profundización la posibilidad de hacer el reino del saber completamente independiente del material de la llamada fe revelada. El exámen de los últimos fundamentos de los conocimientos humanos, le dió por resultado que no era la observación la fuente de lo general y fundamental, sinó la subjetividad humana, el «yo» consciente. Este yo forma en la filosofía de Kant el centro inmediato del que dependen las cosas como objetivaciones del yo reconocedor. De la incapacidad de la facultad intuitiva de conocer la naturaleza esencial de las cosas, concluyó luego que no era más que un andar á tientas en la oscuridad si de los límites del mundo de los fenómenos nos remontamos á lo metafísico y que por lo tanto nuestras ideas de un supuesto mundo metafísico no eran más que fantasmagorias, afirmaciones arbitrarias, cuya no existencia era tan fácil ó tan difícil de demostrar como su existencia, á cerca de dos cosas de que no se sabía ni se podía saber absolutamente nada. Esta era precisamente la toma y la destrucción del olimpo cristiano realizada por Kant en su *Crítica de la razón pura*. Pero al contemplar luego el gran pensador, desde la región glacial de su inexorable lógica, á sus pobres y flacos prójimos coetáneos, sintiose conmovido de un enternecimiento humano y por esto permitió, encogiéndose de á hombros, la razón «práctica» que afirmara otra vez lo que la «pura» negaba, pues la razón práctica no queda satisfecha con la indicada argumentación de la pura, puesto que aspira á determinar la voluntad humana en el obrar. Pero la tarea de la voluntad consiste en la realización de la suprema ley moral, que dice: «Obra siempre según principios que sean capaces de ser leyes generales»; y la obligación universal de esta ley moral se manifiesta como «imperativo categórico», esto es, en forma de un mandamiento absoluto. Sometiendo nuestros impulsos é instintos egoistas al deber mandado por el imperativo categórico, y que debe cumplirse por el solo hecho de ser tal deber, somos virtuosos. Pero para ofrecer á la virtud un equivalente correspondiente, es prácticamente razonable restablecer lo eliminado por la razón pura, la idea de Dios y la creencia de la inmortalidad. Se ve que el pensamiento revolucionario del sabio de Königsberg dejó caer las alas cuando se trató de sacar las consecuencias prácticas de su sistema; más á pesar de esto, la filosofía de Kant ha sido el fundamento granítico del desarrollo ulterior de la ciencia y arte alemanes, hasta de toda su civilización. Esta filosofía encierra una fuerza y potencia moral sin igual; en todo lo bueno y lo mejor que pueblo alemán ha hecho desde entonces, se nota un soplo del espíritu de Kant. Todos los filósofos posteriores están sobre los hombros de ese jigante, y los que creían posible prescindir de este sostén ó hasta intentaban derribarlo, en vez de filósofos no han sido más que sofistas.

De lo sublime á lo ridículo no ha habido nunca ni habrá jamás sinó un solo paso, precisamente en la época en que la despreocupación alcanzó su mayor triunfo civilizador en el mundo católico en la abolición de la orden de los jesuitas por el papa Clemente XIV, en 1773, y en que en el seno del protestantismo celebró su triunfo supremo científico mediante la producción de la